

---

## *Asomarse a la historia*

EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE  
F. JIMÉNEZ LOSANTOS  
*LA ÚLTIMA SALIDA DE MANUEL AZAÑA*  
HOTEL PALACE. MADRID, 5 DE ABRIL DE 1994

---

Tengo pocas dudas de que mi presencia en este acto me acarreará algunas críticas. Créanme si les digo, sin ánimo provocativo, que me importan poco o, por mejor decir, más bien nada.

Sin embargo, sé que hay personas de buena fe que se plantean algunas preguntas que desean ver respondidas, y tal vez el acto de hoy sea útil para satisfacer su curiosidad.

¿Cómo es posible que Aznar hable con respeto y atención de Azaña?

¿Cómo es posible que el presidente del Partido Popular haga suya, al menos, una parte de la obra histórica de quien dirigió el Frente Popular y presidió la II República?

¿Es sólo un reflejo de la concordia democrática? ¿Es oportunismo? Pues veamos.

A mi me llevó a Manuel Azaña mi interés juvenil, que todavía perdura, por la historia, y diré más aún: mi pasión por la historia reciente de España.

A ello ayudó el trato con personas que conocieron al protagonista de la obra de Federico Jiménez Losantos, cuya presentación hoy nos reúne aquí. “De todos los políticos de la etapa republicana —me dijo una de esas personas que trataban a Manuel Azaña—, fue quien más talento tuvo; quien más oportunidades tuvo para aprovechar su talento y quien más desperdió la ocasión de su talento”.

A mi me acercó a Manuel Azaña, lo que yo tengo por un deber generacional de asomarse a la historia para comprenderla, y no para manipularla como ahora, por desgracia, se hace de modo corriente; para trazar caminos de entendimiento y no de separación; para ser leal con lo que Federico Jiménez Losantos entiende que es la lección esencial de la muerte de Machado tal como la narra en su obra: la continuidad nacional; el amor a España por encima de banderías y un sentido histórico democrático.

Por cierto, ¡qué espléndido pasaje y qué dramática lección de Manuel viajando desde Burgos a Colliure al enterarse de la muerte de Antonio!

Y, por último, a mi me acercó a Manuel Azaña, lo nacional, lo español: una idea de la nación española. Tener una conciencia nacional; tejer un proyecto nacional que vertebre, integre y desarrolle las potencialidades más auténticas de la nación española. En resumen, lo que hoy vuelve a ser una necesidad nacional: comprender nuestra historia común, para ganar nuestra historia futura.

Permítanme en esta excursión personal, que les relate la experiencia de una prueba, a la que sometí estas razones. Campaña electoral de 1993. Un domingo por la mañana. Alcalá de Henares. Una multitud abarrotaba la plaza de toros. Prueba: pedí silencio; no se oía nada, sólo mis palabras; en la ciudad que nació, hablé de Azaña; de lo español; de la integración; tenía mis reservas: entre varios miles siempre puede haber un exaltado, un extremista; nada. Tuve la sensación de haber hecho algo más útil que un mitin de campaña; de buscar comprensión para la continuidad nacional: explicando, integrando, comprendiendo.

Por todo eso, de las doscientas y muchas hojas leídas, más la declaración de intenciones que es el último capítulo,

no me cuesta trabajo ver “la pasión española” que Federico Jiménez Losantos ha encontrado, desde 1977, en Azaña.

La fecha importa, pues avisa que en este libro no hay interés coyuntural ni cálculo propagandístico. La reivindicación del mejor Azaña es tan necesaria hoy como al inicio de democracia; aunque la necesidad se haya vuelto urgencia por el vacío mental que hoy aqueja a algunas de nuestras gentes y que en nuestros gobernantes nace como miopía o ceguera ante la cuestión nacional.

En esta hora de España, *integración nacional e integridad democrática* son para mí los acicates para desempolvar las meditaciones de Azaña.

Soy de los que piensan que lo mejor de la transición ha sido la recuperación de una España sin exiliados afuera ni excluidos en su interior; pero también creo que nuestra democracia debe actualizar, pensar, renovar y transmitir a las nuevas generaciones un contenido político más permanente. La tolerancia es un valor inapreciable que se debe conservar a toda costa; pero la reconciliación comienza a ser tesoro insuficiente cuando pasan los años; porque la pluralidad es inseparable de una idea precisa sobre el fondo común que nos une por razón de la historia.

Una comunidad histórica que posee, a mi juicio, un carácter genuino e indiscutiblemente nacional.

Un pasado del que se ha hecho poca memoria en los últimos 15 años, despojando a los jóvenes de un legado al que nada profundo y duradero ha reemplazado. Creo, que a la postre, ésta es también la triste explicación a la resaca del 92.

“Dentro de cincuenta años nadie se acordará de quiénes éramos Franco ni yo, pero todos sabrán quienes fueron Velázquez y Goya”. Aquí está el mejor Azaña: el apasionado por defender una herencia que está por encima de banderías.

La relación entre cultura y política en España debería ser hoy estrecha. Al igual que las más antiguas naciones europeas, no podremos ir seguros por nuevos derroteros, si no se muestra en la escuela y en los medios de comunicación la trayectoria ya realizada. Es una verdad tan elemental como poco reconocida.

Vengo de asistir al funeral de un español de pura cepa, grande de ánimo y generoso como pocos, que vivió la época siguiente a la guerra: Don Juan de Borbón.

En la historia hay casualidades (Don Juan-Azaña); pero lo que no cabe en la historia de nuestra continuidad nacional son las amputaciones interesadas o los olvidos oportunistas. Esas facturas se pagan.

¿Cómo salir al paso de ese desapego hacia lo nacional que late en el fondo de nuestra crisis o de nuestras crisis?

¿Cómo volver a sembrar ambición nacional dejando de llevar la idea de España a hurtadillas, como si tuviéramos vergüenza, como si nos diera miedo, como si pidiéramos perdón?

¿Cómo reconstruir un patriotismo crítico, creativo, activo, digno y liberal?

Si España es una identidad y una substancia, como yo creo, la razón y el sentimiento nos tienen que acompañar en esta empresa.

Tal vez entonces, comprendan algunos, que, por ejemplo, fenómenos tan aparatosos como el crecimiento de la objeción de conciencia entre los jóvenes, tiene una de sus raíces en la deficiente divulgación de lo que significa la condición histórica de españoles: que está antes de la condición civil y justifica los derechos políticos; que equivocaciones persistentes de nuestros gobernantes traen cuenta de su escasa confianza en las capacidades españolas, y que silencios equívocos ante distorsiones del texto constitucional nacen del poco aprecio que parecen suscitar las primeras palabras de su artículo segundo.

Hablemos con interés, simpatía o, al menos, familiaridad del pasado colectivo: sin propósito de adscribirse a historias ya concluidas. Pero con la inteligencia de saber que éstas constituyen una especie de código genético y una suerte de patrimonio que se suma al monumental y al natural, pero que atrae hoy menos visitantes.

En su historia, patética como él dice, Federico Jiménez Losantos, nos invita a leer en el símbolo republicano de ayer, una personificación válida de la idea democrática nacional. Una idea seria y aprovechable. Una vez más la

preocupación por el “principio nacionalizador” (idea pero no ocurrencia) del que Ortega hablaba tantas veces.

Y ahora mismo, con prisa casi, pues a nuestra democracia le falta inspiración, vivacidad, fundamento, referencia y regeneración y, en pocas palabras, tradición sometida a examen de la que se pueda discrepar porque es bien conocida.

Para saberla y no para manosearla con interés partidista como ocurrió en la campaña del 6 de junio, blandiéndola como espantajo electoral.

Creo, pues, que en las dificultades de integración nacional y seguridad económica que pesan sobre nuestra vitalidad democrática, resulta benéfico y es un acto de inteligencia y de respeto a nosotros mismos enseñar nuestras corrientes históricas para cultivar los elementos comunes a todos.

Y ustedes perdonen estas reflexiones, pero es que esencialmente, a mí no me interesa sólo el Azaña desdeñoso, aquel que obligaba a decir a Fernández de los Ríos: “No sea usted sequerón, hombre”. El Azaña sectario: de “España ha dejado de ser católica”, convertido en “monstruo” para media España. El Azaña pletórico, de los triunfos políticos y parlamentarios. El Azaña cautivo después del 34. El Azaña atribulado del 36. El Azaña en la historia del *Cuaderno de la Pobleta*, sin cuya lectura no se puede entender lo que ha ocurrido y lo que ocurre en España. El “peligroso” escritor sin lectores.

A mí me interesa el Azaña español que siente la España plural e integradora a la vez desde una sólida conciencia nacional; y si he hablado de estas cosas es porque pienso que en el fondo del interés de Federico Jiménez Losantos por Azaña está la genuina expresión de una “pasión española”, que hoy es una necesidad, que Federico Jiménez Losantos siente como un vacío inquietante que se abre en nuestro camino histórico.

Federico Jiménez Losantos es un amigo afectuoso pero escasamente indulgente con los políticos, que usa un castellano de combate, al servicio de la reflexión crítica e inteligente.

Es como un arquero en busca permanente de blanco, que ha incomodado a todos quienes nos dedicamos a la política en España.

Sus éxitos de ventas y audiencias deben fastidiar, más bien jorobar, profundamente a la ortodoxia que rige nuestro país hasta la fecha.

A él no se le puede imputar el pecado al que se refiere un clásico de la política: “Que no cuida de sus descendientes porque jamás se ocupó de sus antepasados”.

Ha escrito un buen libro: merecidamente premiado. De igual modo que al Azaña derrotado lo que realmente le importaba es no ser recordado “como un bandido”, a su autor de hoy, triunfante, tal vez lo que más le importe, en su alma aragonesa, es que le consideren “un buen español”.